



## **CIEN AÑOS DE CAMINO – P. CARLOS PADILLA**

Al pensar en estos cien años de historia de la alianza de amor surge la pregunta fundamental: ¿Cómo se funda de nuevo Schoenstatt cuando cumplimos un siglo de historia? Queremos fundar Schoenstatt de nuevo siguiendo el lema que acompañó la celebración de los cincuenta años de historia:

### **«Fiel al origen, funda de nuevo».**

Lo queremos hacer volviendo al origen, al comienzo de nuestra historia de Alianza, a las raíces, a lo fundamental, a lo más sencillo y puro que estaba en germen desde el inicio. Fundar de nuevo respetando los principios, las bases que dieron origen a la primera alianza. Siendo fieles al P. Kentenich, a lo que Dios hizo en él. Por ello, sin ánimo de querer abarcarlo todo, voy a mencionar algunas intuiciones, vías de reflexión, preguntas abiertas, una mirada sobre la vida que nos permita pensar en lo que significa para cada uno que Schoenstatt cumpla sus cien años de historia. El Papa Francisco, cuando era obispo Bergoglio, les dijo a los Movimientos: « ¡Qué triste cuando un movimiento o una institución se enferma y en vez de ser pastores de pueblo, se convierten en 'peinadores de ovejitas' y se pasan todo el tiempo en las reuniones 'maquillándose el alma'! ¡Cuidado! Cuidado con las élites. Las élites se cierran en la burbuja, pierden el horizonte misionero, pierden el empuje, pierden el coraje. Las instituciones y movimientos tienen que dar la herencia. Ustedes me preguntarán: 'Padre, ¿dónde? '. En la calle, en la calle. Allí donde se está jugando la vida de nuestra ciudad. Como obispo les pido: Por favor, no se guarden la herencia en la vitrina para mostrársela a las visitas. Llévela a la calle, busquen horizontes misioneros, 'juéguesela' todas las días, que esta herencia, que tan gratuitamente hemos recibido, sea fermento de esta ciudad». Estas palabras del Papa Francisco, dichas hace un tiempo, hoy tienen especial fuerza. Sí, queremos sacar nuestro carisma de la vitrina, no queremos vivir peinando ovejas, no es nuestra misión. Queremos formarnos para salir a dar lo que hemos recibido. Queremos abrir las puertas y ofrecer a la Iglesia, al mundo, esa herencia que hemos recibido de forma gratuita. Estamos profundamente agradecidos por nuestra historia, por toda la vida que ha surgido de la fuente del Santuario. Nos asombramos siempre de nuevo. Dios es fiel, María siempre es fiel. Hemos recibido muchos dones y regalos y estamos alegres. Cumplir cien años es una ocasión para que cada uno se pregunte cómo es el Schoenstatt que está viviendo. Tal vez el paso de los años ha llenado de polvo los viejos sueños y anhelos. ¿Es joven ese Schoenstatt que vivimos? ¿Es un Schoenstatt alegre que penetra todas las esferas de nuestra vida? ¿Vivimos la radicalidad de la alianza hasta sus últimas consecuencias? ¿Somos hijos fieles en todo lo que el P. Kentenich nos dejó como legado? Esta reflexión me ha ayudado a volver al origen, a renovarme en mi amor a Schoenstatt, a no quedarme en la estructura y en las formas. El P. Kentenich no quiso fundar un movimiento internacional. Simplemente dijo que sí a Dios y a María, y lo demás vino por añadidura. Así suele ser la vida en Dios, cuando se lo damos todo sin guardarnos, Dios nos da lo inesperado.

### **Primera reflexión: una mirada sobre nuestro Padre Fundador.**

No se puede entender Schoenstatt sin el P. Kentenich. Y es que Schoenstatt nace de su corazón de Padre y profeta. Brota en su historia personal, surge en su alma. Él vivió en su carne cómo María era capaz de sanar y modelar un hombre nuevo desde el barro. No desde recetas o desde una ascética

programada, sino desde la vida de cada uno, desde la historia personal, así actúa Dios. Es así como hizo con el P. Kentenich y con él comenzó todo. Dios irrumpe en la historia y se sirve de un instrumento predilecto, de un hombre con capacidades y defectos. Un hombre muy de Dios, enamorado de Cristo, apasionado por María. Un hombre herido desde la cuna. La fuerza sanadora del amor lo acabó sanando. Pero su herida fue siempre fuente de vida y camino de santidad. Causa de su dolor y motivo para la esperanza. ¡Qué importantes son nuestras heridas! Fue hijo de madre soltera. Nunca fue acogido por su padre. Matías José Koep nunca lo reconoció como hijo y tampoco se casó con su madre. José se sintió así rechazado desde pequeño. Es la experiencia de tantas personas en su vida. Hijos en muchas ocasiones con padres vivos, pero que no se sienten queridos por ellos. El Padre experimentó ese rechazo, el abandono y la soledad. Los años de soledad en un orfanato lo marcaron para siempre. La honra, la fama, su nombre, todo puesto en duda. La soledad de un hombre muy racional, sin vínculos, encerrado, con el corazón atrapado tras un muro. El corazón muchas veces va por otro lado y la cabeza quiere entender las razones. En él se dio de forma preclara la separación entre fe y vida, entre las ideas y el corazón, entre los sueños y la realidad encarnada. Un Dios lejano, un Dios desencarnado, un Dios ajeno al hombre. Una idea de Dios que no era capaz de penetrar todas las fibras del corazón. El Padre pudo caminar hasta al borde del abismo, hasta el borde de la locura. Llegó hasta el extremo y ahí Dios lo detuvo. ¿Dónde empieza el cambio? La ruptura y la unión. La herida y la vida que brota de la misma herida. Esa herida de la que surge la esperanza. La herida que causa tanto dolor y a veces uno siente la tentación de tajarla, esconderla, negarla. El P. Kentenich llega a afirmar que nadie, ninguna persona humana, ha influido en su propia educación durante su infancia y juventud. Es dura esa afirmación. El corazón comprende lo profunda que es la herida en su alma. Nadie, sólo María, sólo la Virgen desde aquella primera consagración, influyó en él. Esa afirmación es terrible, dura, conmovedora. ¡Qué soledad interior! Y no cayó en la desesperación, aunque, como él mismo confiesa, estuvo a punto de perder la razón. ¡Qué cerca del hombre de hoy! ¡Qué actual su herida! Un hombre sin raíces, que no ve su fe encarnada, que no ve a Dios en su propia vida. Un hombre solo, con su dolor, incomunicado, atrapado en su abandono. Un hombre herido y dividido en su interior.

¿Cómo y cuándo empezó a sanar su herida? La consagración a María de un niño de nueve años es el punto clave. La primera rendija abierta es ese momento de entrega de Catalina. Le debemos a ella que María se tomase en serio la educación de José. Es un acto que podía haber pasado casi desapercibido, tapado con el paso de los años en sus recuerdos. Así comienza Schoenstatt en su propio corazón. La primera alianza la pronunció tímidamente, llena de miedo, casi sin saberlo, su propia madre, Catalina Kentenich. Lo hizo con mucha tristeza en el silencio, rota por el dolor, impotente, a la puerta de un orfanato. Esta humilde y esforzada mujer dio el primer paso sin saberlo. Ella retrocedió, se hizo a un lado, y dejó que María estuviera en primer plano. Ella, que tanto amaba a su hijo y que a tantas cosas fue capaz de renunciar por él, se convirtió en el primer eslabón de una larga cadena. Catalina amaba a María y confiaba. Seguramente le mostró el rostro de María al pequeño José y la señaló como su Madre desde muy pequeño. En ese momento se sentía desvalida, totalmente incapaz de seguir cuidando en el día a día a José. Schoenstatt comienza así, con la renuncia de una madre a la que pocas veces recordamos y agradecemos. Tantas madres hoy renuncian a estar con sus hijos para poder vivir en España y ganar el dinero suficiente para su educación futura. Pienso en tantas madres inmigrantes que dejan a sus hijos en sus países porque aquí no pueden mantenerlos ni cuidarlos. La renuncia es generadora de vida, aunque traiga consigo mucho dolor para ambas partes. En ocasiones creemos que no, que la renuncia sólo es un dolor, una ausencia, una pérdida, una falta de plenitud que no tiene sentido. En el plan de Dios todo encaja, aunque en la tierra nos cueste comprender sus deseos. La renuncia es fuente de vida en el corazón de Dios, la renuncia de María para cuidar a Jesús, la renuncia de Jesús en la cruz para salvar a los hombres. La renuncia de tantos santos a lo largo de la historia de la Iglesia. Es la renuncia hecha en el corazón de Dios, con humildad, dócilmente, la que da vida, la que es fecunda. El Padre recibe la vida de una madre que es capaz de renunciar por amor. Recibe vida en esa misma renuncia. Catalina renuncia a sí misma, a sus planes, a su propio camino de felicidad, de autorrealización como persona. Esa autorrealización que ahora parece sagrada para todo el mundo. Hoy tantas personas se buscan a sí mismas tratando de realizarse, de encontrar el mejor lugar para desplegar sus talentos y capacidades. Se quejan cuando no encuentran el trabajo de su vida, o la casa, o el país, cuando no se realizan sus sueños y no entienden que la renuncia pueda tener un valor. Sin embargo, Catalina, una mujer también herida y rechazada por el padre de su hijo, es capaz de renunciar por amor, de ponerse a sí misma en un segundo plano. Es una mujer fuerte, que aprende a vivir en soledad para que su hijo tenga una educación y pueda hacer su camino. Entrega lo que más quiere y aprende así a amar en el silencio, en soledad, muchas veces en la distancia. Aprende a educar de rodillas, como tantas otras madres cuando se sienten impotentes a la hora de educar a sus hijos. Estamos abismándonos en la herida de amor del P. Kentenich. Esa herida profunda es cuidada a partir de ese

momento por María. Catalina también la cuida con su renuncia, desde cerca. Schoenstatt nace de la humildad de una renuncia, del silencio de una renuncia, del olvido de aquella mujer que le dio la vida a un niño pobre llamado José Kentenich. Schoenstatt comienza en la soledad de saber renunciar a lo que más queremos por amor, con un sentido. Schoenstatt comienza con una renuncia y un acto de entrega fiel a María. Catalina le confía a María a su hijo José. Sella la primera alianza y María acepta ese intercambio de corazones. Pone en sus manos poderosas de Madre el destino de un hijo abandonado. Catalina no sabía qué podía hacer y confía en María. Se abandona. Pone su vida en sus manos y confía ciegamente en que todo va a ir muy bien. Y así es. Cuando José mira hacia atrás ve en ese acto de consagración la primera alianza. Ve en esa entrega fiel el comienzo de todo. Allí se hizo hijo de María para siempre. De forma poco consciente. De forma sencilla y humilde. Pero esa primera alianza le cambió la vida para siempre.

Creo que Schoenstatt nos invita, en este momento en el que celebramos y agradecemos, a ser capaces de vivir descentrados. La renuncia de Catalina nos hace preguntarnos si nosotros somos capaces de renunciar, de ponernos en un segundo plano, de alegrarnos porque otros puedan hacer su camino y encontrar su camino de felicidad, mientras nosotros permanecemos ocultos en un segundo plano. María aparece como modelo, no sólo como camino. Ella se puso en segundo lugar y aceptó la condición de sierva haciendo vida sus palabras: «Hágase en mí según tu palabra». Se retiró, dejó que Jesús se hiciera carne en su vida y cambiara para siempre su camino, su destino, el rumbo de sus pasos, sus propios planes de vida. Se trata de ser capaces de negarnos a nosotros mismos para poder afirmar a otros. Cuando pienso en Schoenstatt pienso que así debe surgir siempre de nuevo. Desde la humildad de la renuncia. Esta máxima es fundamental para que Schoenstatt se renueve en nuestro corazón. ¿Cómo si no pretendemos dar vida a otros? Cuando nos gustan los primeros lugares y buscamos el poder, no estamos siendo fieles a este comienzo. Cuando queremos ser tomados en cuenta y valorados por nuestra entrega, no comprendemos cómo se puso la primera semilla de Schoenstatt. Podemos caer fácilmente en la tentación de los cargos y los puestos, del éxito y la eficacia. Schoenstatt se presta para que cada schoenstattiano se sienta fundador y crea que con él comienza todo de nuevo. Corremos todos el peligro de olvidar a Catalina Kentenich. «Sin lagar no hay vino», rezaba el P. Kentenich. «Si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda solo», nos dice Jesús. Negarnos a nosotros mismos sólo tiene sentido si es para que otros tengan vida en abundancia. Es el sentido de toda renuncia. Una muerte para dar la vida. Que en otros haya más vida, una vida verdadera y plena. Nuestro camino de plenitud pasa por el camino de plenitud de aquellos a los que amamos. ¿Nosotros valoramos la renuncia? ¿Entendemos que pueda ser fuente de vida y fecundidad? ¿A qué renunciamos por amor? La verdad es que al pensar en nuestro fundador pienso en la suerte que tenemos. Tenemos un fundador herido. No es perfecto. No viene de una familia ideal, como tal vez algunos santos y como tal vez hubiéramos querido. No tuvo una familia con padre y madre que se amaban e hijos modélicos que se querían mucho. Fue un hombre sin raíces, sin vínculos humanos fuertes, sin experiencias familiares dignas de ser recordadas, sin hermanos. No tuvo recuerdos bonitos de infancia, ni fotos, ni lugares llenos de fantasía. Hubo, eso sí, mucha soledad, dureza, austeridad, pobreza. El P. Kentenich tenía una herida muy fuerte de desamor y de soledad, como son siempre las nuestras. Hasta el punto que a él mismo le costaba hablar de esto hasta el final de su vida. Hasta el punto de que en Schoenstatt era un tema tabú. Hasta ese punto fue una herida profunda, una herida honda, una debilidad limitante. En realidad lo incapacitó para lo más evidente de un hombre que es relacionarse y crear vínculos. Además quedó marcado por una época en la que los vínculos personales estaban mal vistos. Una herida que le llevó a una falta de unión interior tan fuerte que en algún momento va a decir que estuvo a punto de llegar a la locura, esa división entre fe y vida, entre el Dios todopoderoso y el Dios de su corazón, encarnado, que tenía que ver con él, entre lo humano y lo divino, entre las ideas y la vida. Si uno pensara en ese momento, antes de 1912, en buscar la persona adecuada para fundar un Movimiento con las características de Schoenstatt, nunca hubiésemos elegido al P. Kentenich. De hecho la primera votación para aceptarlo para el diaconado fue negativa porque no conocían al P. Kentenich en su interior. Dios permitió que en la segunda votación sí fuera aceptado. Dios eligió al P. Kentenich para que surgiera de él un Movimiento que pudiese ayudar y dar respuesta a muchas de las heridas que él mismo tenía, un Movimiento de vínculos, un hogar donde echar raíces. Tantas cosas de las que él carecía y justamente Dios lo utilizó para ello. ¿Por qué acentuó tanto la herida? Porque Dios nos usa en nuestra herida, no a pesar de ella. Igual que la renuncia de Catalina fue fuente de vida, y nuestra renuncia es fuente de vida, también nuestra herida puede ser fuente de vida, como lo fue en el P. Kentenich. La herida del costado abierto de Cristo es fuente de vida. Nuestra propia herida cuando la aceptamos y la besamos, Dios la usa y es fuente de vida. Por aquí pasa una primera clave para comprender Schoenstatt. Schoenstatt está llamado a fundarse de nuevo desde esta realidad que me parece tan importante. Dios no niega nuestra herida cuando quiere dar vida a partir de nuestro sí. No construye sobre un alma sin pecado, salvo en el caso de María. No, Dios nos acepta como somos y

no se avergüenza de nuestra herida. Al contrario, se sirve de ella. Pensamos con frecuencia que Dios ama sólo nuestras virtudes y aprovecha sólo lo que hacemos bien, esos talentos que ha puesto en el alma. Si cantamos bien nos usará para lograr que otros se enamoren de Él gracias a nuestra voz. Si somos genios en la informática usará este talento tan práctico para evangelizar de esta manera. Pero nos cuesta comprender que Dios quiera usar nuestra limitación, nuestra debilidad, aquella herida que queremos olvidar, para dar vida en abundancia a otros.

La soledad del P. Kentenich, que es en sí misma algo terrible, se convierte en la llave para entender cómo surge Schoenstatt. Dios usó su soledad para hacerle padre de una familia. Usó ese silencio, esa profundidad de su vida interior, ese jardín rico en hondura, para que allí fecundara un nuevo carisma. Utilizó el barro de su historia, para gestar una obra de arte. Su falta de padre fue fundamental para despertar en él el deseo de dar lo que no había recibido, una paternidad profunda y auténtica. La herida, la ruptura, se convierten en puente, en camino de santidad. Pienso que Schoenstatt se funda de nuevo en nosotros cuando asumimos esta verdad en nosotros, que sin nuestra herida Dios no puede dar vida a otros. Porque la herida se convierte en puerta de entrada, para que Dios entre y para que otros se acerquen. Porque nuestra herida nos hace humildes y más misericordiosos y hace que juzguemos la realidad desde la pequeñez, y no desde el orgullo. Ya está bien de formular ideales personales que no son nuestros, sino tomados de las vidas de los santos, o creados mirando un ideal que está tan lejos de nosotros, que tal vez nunca nos pertenezca. Ideales que nos rompen por dentro porque nos recuerdan continuamente la desproporción entre lo que anhelamos y lo que somos. Partamos de nuestra propia herida, de nuestra vida tal y como es, de nuestra pequeñez que sueña con las alturas. Así lo hizo el P. Kentenich. Entendamos que desde esa herida, desde lo más hondo de nuestro dolor, de esa historia de la que nos avergonzamos muchas veces, es desde donde Dios comienza a tallar la verdadera obra maestra que quiere hacer con nosotros. Esa herida, de la que a lo mejor nunca nos atrevamos a hablar en público, como le pasaba al P. Kentenich, es nuestra fuente de vida y nuestro camino de salvación. Aceptemos nuestra historia, sí podemos llegar a querer nuestra propia carne, con la que Dios hará maravillas. Pensemos que sí es posible para Dios hacer cosas imposibles. Él puede hacerlo todo bien a partir de nuestra pobreza. Así lo hizo Dios con María, desde su pequeñez. Así lo ha vuelto a hacer siempre con los santos. Así lo hizo con el P. Kentenich. Vivir así nos hará más misericordiosos, más humanos, más humildes, más alegres porque no tendremos que defendernos de nadie. En Schoenstatt a veces valoramos mucho los talentos y nos centramos en las capacidades. El que habla bien, el que tiene una vida maravillosa, el que escribe de forma increíble, el que da testimonios maravillosos, el que canta como los ángeles, el que dirige bien los grupos, el que ha leído muchos libros de Schoenstatt y sabe exponerlos, etc. Nos atrae la perfección, no podemos remediarlo. La originalidad atractiva parece que será más fecunda y despreciamos al que no sabe tanto, al que no destaca, al que parece no tener tantos talentos, al que es torpe, al que está muy herido. El P. Kentenich en su vida se rodeó de personas heridas. Creo que fundar de nuevo pasa por ser abiertos, por construir sobre la vida de los que Dios nos confía, con los remeros libres que tenemos, sin buscar la perfección inexistente. Consiste en alegrarnos con el barro, aunque no sea perfecto, puro y brillante. Si no lo hacemos no estaremos siendo fieles al origen de nuestra historia sagrada. No buscamos la eficiencia, no pretendemos que todo resulte bien, ser unos perfectos ejecutores de eventos. No queremos ser selectivos, buscando sólo esas élites que conduzcan a las masas. Porque ése no fue el camino que siguió Jesús en su vida. Jesús se rodeó de pecadores y personas rechazadas, heridas, enfermas. Nosotros soñamos con tener un corazón abierto y misericordioso como el de Cristo. Un corazón que mire al hombre como lo mira Jesús, como lo mira María, como lo miró el P. Kentenich.

El P. Kentenich llega a esta alianza de amor de 1914 con una gran profundidad. Hay algo muy bonito, y es parte de nuestra herencia, que en esa imperfección de su historia, Dios le regaló al P. Kentenich algo que es un tesoro, que fue la profundidad de su alma. El P. Kentenich cavó en su alma en la soledad. A veces eso nos falta a nosotros. Al ahondar en su alma, en su soledad, en su hermetismo, en su muralla, permitió, en su relación con María, que surgiera Schoenstatt. Schoenstatt surgió en la hondura del corazón del Padre antes de ver la luz para los hombres. No nace Schoenstatt a partir de grandes eventos y actividades. Nace, por el contrario, en el silencio de la hondura de un alma, en la profundidad de un corazón. Si el Padre hubiera permanecido en la superficie, no hubiera habido hondura suficiente para que surgiera el mundo de Schoenstatt. Hay gente que cree que es de Schoenstatt sólo porque va a eventos y participa en actividades. Pero ese Schoenstatt que viven es superficial y rápidamente puede desaparecer cuando surgen contratiempos y decepciones. No hay hondura. Schoenstatt no ha arraigado en lo más hondo del corazón. Somos herederos del Padre en la medida en que hay hondura en nuestra alma, en la medida en que la alianza de amor ha captado todas las fibras de nuestro corazón. El mundo de Schoenstatt se gestó en ese océano interior del P. Kentenich, en ese jardín interior. Ahí se gestó. Por eso luego pudo él sacarlo. Porque ya lo tenía.

Porque ya había ocurrido en él y después le fue poniendo a todo lo que él ya vivía. La primera alianza de amor ya había ocurrido para él y había ido madurando con el paso de los años. En esos años difíciles y duros de su juventud se fue gestando Schoenstatt en su corazón, y único que hizo después fue encontrar cauces para esa fuente que salía de él, que estaba ya en él. María sanó ese desamor del P. Kentenich y el amor que surgió de la sanación dio vida a muchos.

Su paternidad y su maternidad. Schoenstatt nace de una paternidad. Dios actuó a través de su paternidad. El P. Kentenich comenzó a sacar de dentro lo que nunca pensó que tenía. María convirtió la vida del P. Kentenich en fuente de vida para otros. Sin haber tenido un padre aprendió a ser padre, y madre al mismo tiempo, cuando Dios le regaló hijos. Así sanó su herida, dándose, entregándose, muriendo por los otros. Fue una paternidad muy humana y muy cercana. Si algo necesitamos en Schoenstatt son padres y madres, humanos y cercanos. Padres y madres que nos proyecten y nos adentren en el corazón de Dios. Los chicos encontraban en el padre esa seguridad. Se fiaban del padre Kentenich, lo buscaban, lo admiraban, lo querían. En él encontraron un lugar donde echar raíces. Se arraigaron en él con el riesgo que siempre tienen los vínculos. El riesgo de la dependencia, el riesgo de la decepción, el riesgo de la exclusividad, el riesgo de que llegase a ser un apego desordenado. No importaba. Schoenstatt surge de una confianza labrada día a día en la entrega. Así sanó su orfandad, siendo padre. Así, al regalar hogar a otros, encontró él mismo un hogar. De repente, encajó todo. Su herida le hizo experimentar el desgarramiento del hombre, de esos jóvenes solitarios y necesitados. Fue capaz de ponerse en el lugar del otro, de comprender, de empatizar y saber cuánta necesidad de arraigo hay en el hombre. Fue capaz de regalar a cada uno lo que a él le había salvado: el rostro de María. Pero fue el vínculo con su persona el que lo llevó a María. El lazo humano del que se sirvió Dios para conducirlos al corazón de Dios: «Dios nos quiere atraer con lazos humanos. Por eso procura que nos dejemos vincular por el amor filial, conyugal, paternal. Permite que nos vinculemos a hijos, padres y cónyuges. Pero Dios tira ese lazo hacia arriba y no descansa hasta que todo esté ligado a Él» . Los vínculos nos sanan y nos arraigan en Dios. Aunque a veces nos asustan. Porque nos da miedo que se desordenen. ¡Quién puede decir que todos sus apegos y vínculos están perfectamente ordenados! Sólo María. El resto llevamos la herida de la soledad en el alma. Y nos vinculamos para aprender a amar y para subir siempre más alto, hasta Dios. La paternidad del Padre fue también una maternidad. Él fue padre y madre. Esos chicos estaban necesitados de una madre. No les bastaba con un padre que los escuchara y les mostrara horizontes amplios, no, necesitaban una madre que estuviera pendiente de sus más cotidianas necesidades, de lo más esencial. Es por eso que también nosotros estamos llamados a mostrar la misericordia de esa paternidad y maternidad en medio de los hombres. Somos hijos y padres y madres. Eso nos hace hermanos, es cierto. Nos hace familia. Hoy hay muchos huérfanos con padres y madres vivos. Fundar Schoenstatt de nuevo pasa por aprender a ser mejores hijos y mejores padres y madres. Pasa por ser hogar donde otros puedan echar raíces, con el riesgo que eso supone para ambas partes. Schoenstatt es ese hogar en el que muchos echarán raíces y respirar una atmósfera sobrenatural. No es hogar un espacio en el que no hay una preocupación por las necesidades personales de cada uno, en el que nos aceptan sólo si somos útiles y luego nos olvidan, en el que nos dan más atención cuando servimos, cuando aportamos algo. Es hogar Schoenstatt si podemos ser nosotros mismos, si nos podemos mostrar tal y como somos fuera del Santuario, si no tememos el rechazo y no vivimos compitiendo con los demás, comparándonos continuamente. Schoenstatt es hogar cuando cualquiera puede encontrar su lugar, y puede sentirse querido, en casa, sin miedos. Schoenstatt es hogar si hay madres que acojan y se preocupen personalmente por cada uno. Schoenstatt es fiel a su misión si educamos para que haya padres que muestren caminos y den seguridad. Así, y sólo así, seremos mejores hermanos. Cuando sólo nos sentimos hermanos, nos vemos iguales y tan sólo buscamos ser los primeros, competimos, queremos destacar, tener poder, ser los predilectos, los elegidos, los más queridos, los únicos que hacen las cosas bien. Competimos por un lugar casi sin darnos cuenta. Y así no se puede construir. Si los hermanos no aprenden a ser hijos y padres y madres no podrán madurar como hermanos. No se sentirán libres. No encontrarán su lugar. No tendrán la paz del que sabe que da lo que puede dar y no lo que no tiene.

## **Segunda reflexión: una mirada sobre el camino hecho de la mano de Dios**

Schoenstatt es una obra de Dios. Es fruto de la irrupción de Dios. Si uno mira estos cien años de camino, ve que somos hijos de la providencia. Durante todos estos años Schoenstatt podía haber

desaparecido. En la primera guerra mundial, en la segunda, en el exilio, con la muerte del P. Kantenich, ya que la muerte de un fundador siempre trae dispersión y dificultad. Parece ser que Dios quiere que sigamos existiendo. ¡Qué alegría la vida que ha surgido en estos años! ¡Qué alegría la cantidad de milagros ocultos en este tiempo! ¡Qué alegría tantas personas que viven de esa fuente y vuelven continuamente a ella! ¡Qué fiel es Dios! Lo primero que surge en Schoenstatt es la fe práctica en la divina providencia. El padre interpreta voces, descubre puertas abiertas, a veces sólo rendijas. La decisión más difícil de su vida la tomó hace cien años. Se fió de Dios, de María. Lo hizo temiendo equivocarse. En la hondura de su jardín, en diálogo con María, intuye que Dios le está pidiendo dar un salto de fe. Ve que quiere que le pida a María que se establezca en esa pequeña capillita. Y dio el paso con esos jóvenes que se fiaron de él, que creyeron porque él creía. Suele ser así en la vida. Creemos en otros que han creído antes que nosotros. El mundo interior que él tenía quería entregarlo, dárselo a los hombres. Eso es lo que celebramos. El primer sí del padre Kantenich a María, el primer sí de María al P. Kantenich y a un grupo de jóvenes. Igual que la Anunciación fue el primer sí de María a Dios. Ese primer sí que fue un paso audaz, de abandono, de entrega, de generosidad.

Volver a fundar Schoenstatt de nuevo tiene que ver con buscar al Dios de la vida. Es la llamada fe práctica en la Divina Providencia. Antes de la Alianza de amor ya el Padre vivía de la fe práctica, aplicada en la vida. Él aprendió a descubrir a Dios en su vida. En eso consiste la fe, en aprender a mirar la vida, el alma, el tiempo y ver a Dios allí donde permanece oculto. Así lo hizo el Padre siempre. Desde el principio supo ver las puertas abiertas y no se quedó bloqueado en las puertas cerradas. En los errores e injusticias humanas. Su padre no quiso reconocerlo, no le dejaron ser jesuita por ser hijo de madre soltera, su madre no pudo educarle por falta de medios económicos. Son circunstancias, que pueden ser hechos aislados o puntos conectados en un camino hecho con Dios. Pueden ser barreras infranqueables o trampolines que nos muestren metas nuevas. Su madre lo llevó a un internado, lo puso en manos de María, le dejaron ordenarse después de una primera negativa, lo pusieron de director espiritual de jóvenes a Schoenstatt de forma sorpresiva. Son los puntos aparentemente inconexos que, con la mirada de hoy, tienen un sentido. Dios usó sus carencias. Así llegó al corazón del Padre. Su herida fue su puerta de entrada. Estaba solo, nadie influyó en su educación. Sin vínculos. Muy intelectual, sin su herida quizás nunca hubiese entrado María. Dios se amolda a cada uno y con cada uno tiene un camino personal. Dice mucho de cómo es Schoenstatt. De dentro hacia fuera. Desde la vida a la teoría. Colaborando Dios y nosotros en el plan de salvación. El Padre llegó a la alianza de amor con María a través de esa herida que marcó su alma, a través del alma de los chicos, a través de un puesto como director espiritual al que llega por la Divina Providencia, a través de muchas puertas cerradas y otras abiertas. A través de un abogado, Bartolo Longo y la ciudad de Pompeya, un lugar de peregrinación. A través de una guerra terrible, que se abre como la gran oportunidad para iniciar un camino de santidad. El Padre tiene una intuición y da un salto de fe. Dios irrumpe. María dio un salto de fe en la Anunciación y creyó en el Padre Dios. Creo que refundar Schoenstatt consiste en mirar la vida con los ojos de Dios y creer y confiar y dejarlo todo para seguir a Dios, allí donde Él vaya. Consiste en no encasillar la vida tratando de que sea como nosotros deseamos, intentando que todo encaje. No se trata de repetir las cosas tal como las hizo el Padre. A veces es la tentación de la fidelidad al P. Kantenich. Repetir sus charlas, hacer lo mismo. Más bien consiste en tener su mirada, esa mirada audaz y profunda, esa mirada que descansaba siempre en el corazón de Dios. Es una fidelidad creadora, siempre nueva, siempre fiel al origen. Sí, se trata de mirar como miraba él, respetando la originalidad, el deseo del alma, el deseo de Dios. Mirar como mira Dios.

La alianza de amor fue una irrupción de Dios, una iniciativa divina. Dios se tomó en serio el anhelo del P. Kantenich y el de aquellos jóvenes. Había una voz de Dios detrás de sus pensamientos. El Padre no se lo inventaba, pero dudaba. ¿Y si fueran aires de grandeza? ¿Cómo atreverse a pedir algo tan grande? Nadie le aseguró nada, nadie le dijo: «Esto es lo que Dios quiere». No hubo una aparición, ni ningún milagro, nada extraordinario. Esos milagros que tantas veces esperamos. No, todo estaba oculto en el corazón de los chicos y en su propio corazón. ¿Cómo podía ser la guerra injusta una señal para algo querido por Dios? ¿Dios podía hablar detrás de algo tan malo, tan injusto, tan terrible? El Padre no quería imponer tampoco su deseo. No, quería que el proceso fuese de los chicos, no algo impuesto sino algo que surgiera de la vida. Tendría miedo a equivocarse. Con infinito respeto a la vida de cada uno. Más tarde diría que fue la decisión más difícil de su vida. Un salto de fe enorme. Pero él ya conocía a María, se fiaba de Ella, su alianza estaba sellada desde hacía muchos años, cuando él tenía sólo nueve y María lo había rescatado de la soledad, del abandono, del olvido. Vino entonces la petición audaz de pedirle que se estableciera en esa capilla y obrara desde allí milagros de gracia. Tuvo una mirada de profeta. Pensó que ese acto insignificante podía convertir la capilla en un Tabor, en un lugar de peregrinación para Alemania, quizás más allá. ¡Qué mirada tan limpia, tan pura, tan audaz, tan profética! Vio lo que nadie veía en ese momento, tampoco los chicos. Hoy parece fácil ver la resultante creadora, los frutos y milagros obrados en el Santuario. En ese momento hacía falta

mucha fe. El Padre soñaba con que lo que había sucedido en su corazón empezara a suceder en el corazón de los congregantes. El Padre se lanzó por una rendija pequeña, la más pequeña, creyó. Vio lo que otros no veían. Como María ante el Ángel. Hágase, diría en su corazón de hijo. Y María hizo todo lo demás. En su vida había habido muchas puertas cerradas. Y él fue capaz de ver la rendija abierta. ¿Cómo miramos nosotros nuestra vida? ¿Sabemos ver la rendija detrás de la puerta cerrada? ¿Sabemos entender las negativas, los fracasos, como oportunidades que se nos presentan o sólo nos lamentamos cuando no nos resulta todo como deseamos? Así empezó Schoenstatt. Con muchas puertas cerradas, alguna abierta y una rendija. Para refundar Schoenstatt tendríamos que tener una mirada profética, capaz de interpretar signos y ver rendijas. Ver más allá de la apariencia, del momento, dejarnos interpelar por el mundo, por la Iglesia. No viviendo encerrados en una burbuja, sino buscando señales que nos abran el horizonte y nos permitan soñar con un mundo nuevo. María y los congregantes se intercambiaron el corazón en medio de una guerra. Justo antes de separarse, justo antes de que pareciese que podía desaparecer esa pequeña congregación que había empezado tímidamente, justo allí la alianza les ató a ese lugar que se hizo hogar, que les arraigó y les dio identidad. El vínculo, siempre los vínculos. A los lugares, al corazón de María. A María le traían sus cruces ganadas en las batallas, sus esfuerzos por ser santos en el frente. Iban a Schoenstatt cuando podían para reposar en el P. Kentenich, para llegar al santuario y decirle a María que la amaban y para entregarle todos sus esfuerzos. Esa alianza entre María y cada uno de ellos fue su fuerza en la guerra, lo que los mantuvo en pie. Fue motivo de esperanza, fue una luz en medio de la noche.

La Alianza de amor es siempre lo primero, es el comienzo, es lo importante. Sin alianza de amor no existe Schoenstatt. La estructura, los estatutos generales, el organigrama con el que explicamos Schoenstatt, las diferentes comunidades y vocaciones, es más irrelevante. Importan, claro, porque son el cauce de la vida que brota de una misma fuente, la alianza con María. Schoenstatt partió de una historia de amor entre un hijo y María. Es una de las claves. Dios sale al encuentro en medio de la vida de cada uno. Dios es capaz de convertir alegrías, dificultades, heridas, errores, circunstancias fortuitas en caminos para llegar al corazón del hombre. Y el gran regalo fue María. Ella salvó al P. Kentenich. No llegó a Ella a través de la oración, ni de lecturas, sino que fue María la que se instaló en su vida y en su corazón y llenó de aire lo que estaba cerrado. Abrió el corazón cerrado y lo hizo padre de cientos. Es el gran milagro. Él, que estaba solo, que no tenía vínculos fuertes, que no sabía relacionarse porque nadie le había enseñado, fue capaz de ser padre y madre de una familia. María lo hizo posible en la alianza de amor. El Padre se sintió profundamente amado. Ella se sintió profundamente amada por el Padre. Fue el amor de su vida. Así sucede con cada uno. Así surgió Schoenstatt, de un sí, de una primera alianza. La primera del P. Kentenich en el orfanato, la primera de los congregantes en el año 1914.

Primero surgió la vida, el agua, el fuego y luego, como decía el P. Kentenich, sólo se trata de ahondar en la fuente, cavar, y más tarde, cuando surja el agua de lo profundo, hacemos los cauces. Eso es lo que él hizo y es lo que tenemos que hacer nosotros. Nos gustan las normativas, los estatutos, ponerle nombre a todo, decidir lo que encaja y lo que no, lo que corresponde según la historia y lo que queda fuera. Muchas veces los schoenstattianos somos administradores de la verdad. Ponemos cercas, verjas, rejas. Cavamos cauces para que la poca agua que tenemos no se pierda. Queremos tenerlo todo controlado, porque nos da seguridad, porque nos obsesiona que los obispos nos entiendan y nos acepten. Y dejamos de lado la vida. El cauce acaba siendo más importante que la propia vida. Las formas que el espíritu. Distinguimos con pasión entre federación, instituto, militancia, liga, peregrinos. Para que cada uno tenga claro dónde se encuentra. Para evitar confusiones. El nombre puede acabar siendo más importante que la persona, que la misma vida. Cada uno en su bando, sin pensar que somos todos lo mismo, hijos de un mismo padre, herederos de una misma historia sagrada. Nos preocupa saber quién manda más, quién tiene más poder, quién posee más información, quién decide más. Tal vez no son categorías que todos tienen, eso es verdad, pero existen en Schoenstatt y es nuestra tentación. Sucede en todas partes, también en otros Movimientos y en las parroquias. Es la tentación más humana, la que nos hace más débiles en definitiva. Hemos acentuado tanto lo que nos diferencia, que nos cuesta más encontrar lo que nos une. Refundar Schoenstatt pasa por vivir el poder como servicio y construir la unidad desde la humildad y la renuncia. Así nos pensó Dios. María nos une en una misma alianza. Allí todos somos hijos y hermanos y eso nos da paz. ¿Cómo estamos construyendo la unidad? ¿Cómo vivimos la fe práctica en la Divina Providencia en nuestra propia vida?

Somos un Movimiento mariano. Femenino en nuestra forma de actuar. El alma femenina es paciente, tiene capacidad para acoger vida, cuidar la vida, gestarla, acompañarla. Cuida los procesos, que son lentos. Schoenstatt exige siempre paciencia. No es un movimiento tan eficaz. Schoenstatt nos enseña a entablar el diálogo con Dios y con los hombres buscando juntos lo que Dios quiere. La fe práctica es

comunitaria, tiene mucho de diálogo. No sólo decido yo con Dios, sino nosotros con Dios. El consenso, el hablar los temas. Somos una familia, y nos movemos con lentitud, como cualquier familia. Una decisión tomada en una instancia no es evidente que se lleve a cabo en todos los lugares y de la misma forma. Un schoenstattiano convencido sabe que con él puede comenzar Schoenstatt en cualquier parte y lo hace ver en todo momento. La «mens fundatoris» es un concepto equívoco y complejo. Se concibe como la fidelidad a lo que el Padre pensó. De acuerdo con esa interpretación nos acercamos a la realidad. La mente del Fundador es entonces patrimonio de todo Schoenstatt. Juntos vamos descubriendo el camino. El P. Kentenich dijo y escribió muchas cosas. Es normal que una frase del P. Kentenich, sacada de su contexto, pueda servir para apoyar posturas encontradas. ¿Quién se erige en el representante del Padre? ¿Quién puede interpretar su voluntad en estos momentos? la Familia. Todos en camino, a través del consenso. La riqueza del consenso. La belleza de escuchar y aprender los unos de los otros. Es un regalo para que aprendamos a ceder y nos dejemos así complementar los unos por los otros. Hace falta mucha humildad y dejar de lado el amor propio. Tenemos que aprender a escuchar y a tomarnos en serio mutuamente. Lo cierto es que esta forma de actuar puede frenarnos en ocasiones. Tal vez no estamos llamados a la eficacia, ésa es la verdad. Necesitamos tener la paciencia de una madre. Así es Schoenstatt, un carisma paciente. Educa en la paciencia y en la capacidad para captar y cuidar con delicadeza la vida. Todo es lento, calmado, pausado, al ritmo de la vida que crece desde dentro hacia fuera. Es verdadero, auténtico, sólido, firme, fiel, permanente. Son rasgos preciosos, sin duda. Pero hay que saber vivirlo con paz. En comunión, unidos, respetando. Sin miedo a no tener poder, a no ser tomados en cuenta. Sin miedo a convivir con las diferencias. A aceptar que el trigo crece junto a la cizaña. A saber que hay que aprender a obedecer para ser un poco más niños. Aunque es verdad que nos cuesta obedecer, y ceder, y renunciar. Pensamos que los otros no respetan a veces nuestra originalidad y nos rebelamos. Es necesario crecer en humildad. Ése es el gran desafío. Aprender a trabajar juntos, a complementarnos. Ayudándonos a buscar la verdad y encontrar el camino.

En Schoenstatt hay muchas esferas de poder. Todos podemos tener un poco de mando, de control, de decisión. Hay muchos proyectos y sueños. Todos podemos encontrar nuestro lugar. Pero a veces vemos nuestro lugar desde la óptica del poder. Porque el hecho de opinar ya es poder. Tener información es tener poder. Hay otros carismas más jerárquicos y verticales, donde una instancia decide y los demás obedecen y ejecutan. En Schoenstatt predomina la horizontalidad y el trabajo en común, el consenso. Todos tienen responsabilidades. A todos nos pueden preguntar la opinión y nuestra opinión siempre importa y es tomada en cuenta. El hecho de estar informados sobre lo que ocurre ya es poder. Que nos pidan nuestra opinión y cuenten con ella es poder. El miedo a que nos impongan algo desde fuera es miedo a perder la libertad. Porque somos libres y gritamos que queremos que nos respeten. Por eso nos defendemos de lo que viene de fuera, de otras comunidades, de otros países. Nos falta humildad, tal vez. El poder sin humildad se hace dictatorial, busca imponer su verdad. Ese poder no escucha, no toma en cuenta lo que es diferente. Nuestro poder es el de María, que sirve como esclava. Es el de Cristo, que se hace uno entre tantos, que va como cordero llevado al matadero, que muere solo en la cruz, abandonado. El amor no se impone nunca, sólo se propone, se ofrece, se dona. El servicio en Schoenstatt es nuestro poder, el poder del amor. No podemos olvidarlo. Siempre desde la humildad, y siempre sabiendo que pasará nuestra hora, nuestro momento. Llegará el día en el que ya no nos pregunten, ya no seamos útiles. En ese momento tendremos que aceptar con humildad que no es nuestra hora. Pusimos nuestra piedra, ahora otros ponen la suya. Construimos en fidelidad los unos con los otros. Pero lo más bonito es que, como en Schoenstatt no prima la eficacia, siempre seremos importantes, siempre sumaremos y tendremos valor, porque para Dios somos los más valiosos y queridos. Él ha inscrito en su alma nuestros nombres para siempre. Nuestro ideal personal, nuestra vida, su sueño, nuestro sueño.

### **Tercera reflexión: una mirada sobre nuestro camino de santidad.**

Nuestra vida es una aspiración constante a la santidad. Pero, ¿cómo es nuestro camino de santidad? ¿Cuál es nuestra originalidad? ¿Es original? Lo que sucedió en el corazón del Padre en un momento dado, es un regalo para nosotros. Su camino de santidad es el nuestro. Él había experimentado en sí mismo la misericordia de Dios, su amor cercano, el amor maternal de María. Es una santidad de alianza. No hubo nada extraordinario en su camino, no hubo señales extraordinarias, no hubo teorías previas, ni estructura prefabricada, no había un camino hecho al que cada uno tuviese que amoldarse. Schoenstatt partió de la vida, de circunstancias quizás aparentemente grises, incluso de errores y aspectos no tan santos. El camino de santidad de Schoenstatt partió de un milagro en lo oculto del

corazón del Padre, de un milagro invisible: María se quedó para siempre en esa capillita y la convirtió en santuario. Antes había convertido el corazón del padre en su propia morada, en un verdadero santuario. María se sirvió de la audacia de un hombre y de unos chicos que quisieron ser santos desde sus vidas pequeñas y que soñaron en medio de la guerra con cambiar el mundo por Ella. Porque todos, cuando queremos ser santos, es porque anhelamos cambiar este mundo en el que vivimos. No pretendemos huir del mundo. No queremos retroceder en el tiempo. Queremos amarlo en su grandeza y en su debilidad. Así queremos ser santos, amando nuestra vida, dándolo todo con generosidad, entregándonos con alegría para que nuestro mundo sea mejor, más humano, más de Dios. En realidad no somos originales en lo que pretendemos. La santidad es un camino universal. Pero sí somos originales en el camino concreto por el que avanzamos, ese mismo camino que recorrió nuestro Padre.

Nuestro camino de santidad busca que nuestra vida sea un hogar en el que María habite y en el que puedan descansar y navegar muchos hombres. Nuestro camino de santidad pasa por permitir que María saque lo mejor de nosotros mismos, para poder entregarlo con humildad. Para amar más cada día. Dios y María colaborando con el hombre. Nuestra forma de acercarnos a María es original. El P. Kentenich se acercó a María desde su propia experiencia y así comenzó un camino propio. Toda su vida tanteó a Dios y Dios a él. Juntos, con María, hicieron nacer Schoenstatt y nos mostraron un camino de santidad. Así debe ser siempre. Debemos fundar Schoenstatt desde nuestro corazón, en nuestra historia personal y única, en la profundidad y el silencio de nuestra alma. Allí María quiere quedarse para siempre, quiere habitar, quiere educarnos como Madre. Nuestra santidad se juega en cuidar nuestra mirada. Queremos ser capaces de ver a Dios conduciendo nuestra vida diaria, escondido en lo cotidiano. Queremos aprender a ver cada circunstancia como una ocasión propicia para ser más santos. Cada caída, cada fracaso, cada injusticia, cada cruz, son retos para amar más, para dar más, para ser santos. Es la audacia de dar saltos de fe cuando no todo está tan seguro, cuando caminamos en la oscuridad con un poco de luz. Es el sí dado desde la pobreza personal, sin dejar de soñar más alto, sin conformarnos con cumplir normas. Es la santidad concreta, en la que encontramos nuestra forma original de ser santos, nuestro estilo de amar a Dios y a los hombres, nuestro camino concreto, nuestro nombre grabado en nuestra alma y en el corazón de Cristo. Las circunstancias de hoy son diferentes, no hay guerra, tenemos otras carencias y otros dones. El gran regalo de Schoenstatt es que María nos regala en el Santuario al Dios de la vida, de nuestra propia historia. Es un camino de santidad que consiste en aprender a amar desde lo cotidiano, de forma sencilla, en lo más humano. Ella puede, aunque nos parezca a veces imposible, hacer nuevo nuestro corazón, y no sólo eso, sino hacer de nuestro corazón un santuario para otros. Es capaz de hacer de la rutina, de la vida gris, de las dificultades de cada día, una maravillosa aventura. Y todo este camino como siempre, desde dentro hacia fuera, desde la vida a las ideas. En el Santuario se repitió lo que sucedió en la Encarnación. El hombre y Dios se unieron por María, por su sí. En el Santuario nuestra vida se une a Dios y Dios llega a nuestra vida. El sí es mutuo y para siempre. El sí nuestro en la alianza se une al de María. Y comienza así un camino original de santidad, una forma propia de ser santo de la vida diaria.

La aspiración a la santidad en Schoenstatt no tiene muchas normas. Por eso algunos se desconciertan. Se centra en el amor, porque así es Cristo. En el cultivo del espíritu, en la generosidad, en la magnanimidad y en la aspiración a los más altos ideales. Es un camino de santidad donde cada día podemos soñar más y dar más. No hay tantos cauces hechos, tantas normas claras. No hay un plan de vida trazado e igual para todos. Eso es quizás algo que a veces nos cuesta. Porque buscamos mínimos, seguros, certezas, y nos preguntamos inquietos: «¿Qué tengo que hacer? ¿Por dónde debo ir? ¿Qué elijo?». Preguntamos a los sacerdotes, a los amigos, a las Hermanas, buscamos respuestas claras, precisas, exactas. Queremos, tal vez, que otros tomen decisiones por nosotros y nos quiten la responsabilidad. Pero María en el Santuario busca formar hombres libres, autónomos, capaces de tomar decisiones, fieles a la verdad de sus vidas. La clave de Schoenstatt es que libremente podemos aspirar a más, desde la propia originalidad, en el tiempo que Dios tiene para nosotros, hablando en el alma con María, contándole nuestros retos y desafíos, nuestros miedos, nuestra vida con sus limitaciones. Así encontramos nuestro estilo personal, ese nombre escrito en el propio corazón y en el corazón de Cristo, esa fuerza oculta en nuestra historia que sólo con ojos de Dios podemos encontrar y regalar. Le pedimos a María que repita en nosotros lo que hizo en el P. Kentenich. Le pedimos que nos regale al Dios de nuestra vida, al Dios que sale al encuentro cada día. Que nos regale su espíritu audaz, su capacidad de dar lo que recibió como don. Le pedimos que nunca nos permita quedarnos en los mínimos, cumpliendo, aprobando, trampeando, saliendo al paso, pasando de puntillas por la vida. Lo que a veces nos cuesta de Schoenstatt, su excesiva laxitud aparentemente carente de normas, es lo más precioso que tiene, porque nos llama a cada uno a meternos en el camino con María y con Dios y dar lo mejor de nosotros mismos. Nos llama a ser santos, sin remilgos, sin tener que atenernos a mínimos, sin pretender tan sólo dejar de pecar. Nos invita a dar aquello que, si no lo damos nosotros,

nadie más lo dará, porque somos únicos. Lo más propio, nuestros talentos y debilidades, nuestra propia herida, nuestra verdad. Y así usar las circunstancias como posibilidades para ser santos y dar hasta que nos duela, darlo siempre todo, sin miedo. Para eso, es verdad, tenemos que ir al Santuario, llevar una intensa vida de oración y mirar nuestra vida con los ojos Dios. Implorar a María, pedir ayuda a otros que caminan a nuestro lado, dejarnos complementar y aconsejar cada día, suplicar que Cristo grabe sus rasgos en nuestra alma, y así pedir que Schoenstatt se haga vida en nosotros y llegemos a ser un santuario vivo en medio del mundo, un hogar que acoja a muchos.

La aspiración a la santidad se profundiza en el poder en blanco y en la Inscriptio. Schoenstatt nos lleva a crecer hacia dentro. No consiste la santidad en hacer cada vez más cosas, en tener una vida apostólica llena de actividades, sino en tener cada vez un jardín interior más bello, un océano más profundo, una vida más anclada en Dios. La santidad es vivir anclados en Dios, abandonados en sus manos de Padre. Una vida llena de Dios siempre es fecunda, siempre es apostólica. El P. Kentenich, en ese tiempo solitario de infancia y juventud, fue cavando hondo en su alma. El tiempo, el silencio, la soledad, le permitieron profundizar en el corazón. Allí vino María a quedarse. Allí se fue gestando, en su alma, el mundo de Schoenstatt. Gracias a la profundidad de su océano María fue depositando su más valioso tesoro. La alianza de amor sellada a los nueve años se fue enriqueciendo con el paso de los años. En la entrega, en la generosidad. Por eso nuestro camino de santidad consiste en que poco a poco los rasgos de Cristo, los rasgos de María, sus mismos sentimientos, se encarnen en nuestra vida. Se trata de confiar, de abandonarnos en las manos de un Padre misericordioso, en las manos de María. Es el misterio de Schoenstatt. Nuestra vida en manos de Dios. Sin poner barreras ni frenos, sin pretender hacer nuestra voluntad sino sólo la de Dios. Hace falta aprender a confiar. A no sospechar de Dios ni de los hombres. La pedagogía de la confianza es fundamental para caminar seguros. Cuando parece que todo se complica en la vida, sólo nos queda confiar y esperar. Con frecuencia desconfiamos de Dios y de los hombres. Sospechamos de las personas, juzgamos los hechos e interpretamos intenciones. Nos erigimos en jueces de la vida y así no crecemos. Desconfiamos de aquellos que nos fallan, vemos segundas intenciones, sospechamos y no creemos en su verdad. Sólo se pueden construir los vínculos a partir de la confianza. Sólo en una atmósfera en la que reine la confianza podemos darnos sin miedo, alegres y con paz. También desconfiamos del poder de Dios, no creemos que pueda hacernos felices, no creemos que pueda llegar a cambiar nuestro corazón. Dios camina a nuestro lado en la cruz y en la dificultad, en las alegrías y los desafíos. Así nos quiere Dios, anclados en lo profundo, firmes, confiados. Quiere que seamos niños confiados. Sería imposible entender este abandono sin hablar de la infancia espiritual. Es central en Schoenstatt. Vivir como niños implica confiar en un Padre con mayúsculas que nos cuida y guía. Dios no nos deja, no nos abandona. Nosotros nos abandonamos para no querer tener siempre el timón de la barca. Nuestra vida en sus manos. Firmamos un poder en blanco en el que Dios puede escribir nuestra historia. Le entregamos el corazón para que lo inscriba, para siempre, en su propio corazón. Nuestro aporte en este camino de santidad es pequeño, minúsculo, pero siempre fundamental. Somos únicos e irremplazables. Lo que no hagamos nosotros nadie lo aportará. Dios nos necesita. Por eso, aunque sintamos que nuestra misión es pequeña, no dudamos. Sabemos que Dios construye con nuestro sí diario y pequeño. Estamos construyendo para los próximos cien años, aunque el próximo jubileo de los 150 años no lleguemos a celebrarlo. Mientras unos sienten que tallan piedras, nosotros, trabajando con Dios nuestra piedra pequeña y diferente a todas, soñamos con que construimos catedrales. Es lo importante. Nuestro aporte sencillo al capital de gracias, nuestra entrega diaria y seria, nuestra conciencia de ser instrumentos dóciles, como niños, en el hueco de la mano de Dios.

La originalidad y los ideales. Schoenstatt nace respetando la originalidad, en primer lugar, de aquel grupo de jóvenes. El P. Kentenich no quiso encasillarlos, no quiso ponerle normas generales, actuó personalmente con cada uno, supo escuchar los gritos de sus almas y dio cauce a la vida. Con los años esos cauces fueron aumentando, porque siguió siempre la misma máxima: que cada uno encuentre su lugar, eso es lo importante. Y cuando el lugar no existía, entonces se creaba. Así el organigrama fue creciendo con el paso de los años, el árbol de Schoenstatt, a veces tan complicado, tan variado y rico. Se trata de un hogar, como un bosque, en el que todos tengan su lugar. Es nuestra riqueza, el respeto a la originalidad, a la diversidad, a las diferencias. No se puede decir que alguien no tenga cabida en Schoenstatt. Hay lugar para todos y no podemos poner tantas normas y cauces que algunos queden fuera. Siempre hay un lugar para todos. Siguiendo la máxima del P. Kentenich, siguiendo su espíritu, actuando de acuerdo a la llamada «mens fundatoris», el espíritu del fundador, si ese lugar no existe, tendremos que crearlo. Schoenstatt no es un mueble rígido, cerrado y ya acabado. Es una obra dinámica, en movimiento, siempre creciendo. Puede que un día haya comunidades que tengan que desaparecer, porque ya no tengan vocaciones, y tal vez haya otras que surjan a la sombra del Santuario. ¿Por qué nos sorprendemos? La gran Familia de Schoenstatt seguirá creciendo. Puede que algunas comunidades tengan que cambiar su nombre, su forma, su esquema.

No importa. Lo primero siempre fue la vida y luego la forma, el nombre concreto. La originalidad es vida. Es cierto que educar de acuerdo a la originalidad de cada uno es posible, pero mucho más difícil y trabajado que hacerlo de otra manera, con moldes. Educar así exige tiempo, paciencia, arte. Educar según moldes es mucho más fácil, porque se aplica el molde y se obtiene el producto final, el esperado. El que no cabe dentro del molde se queda fuera y ya está. Sin embargo, respetar la originalidad es un proceso largo y arduo, es un juego entre la libertad y la educación, un camino nada fácil. No es tan sencillo respetar los tiempos y las diferencias. El peligro, en ese camino, es perder de perspectiva la meta, es dejar de ver hacia dónde caminamos y entristecernos al ver lo inacabado del proceso, los fallos que se dan en el crecimiento en el momento presente.

Otro peligro que existe en el respeto a la originalidad es que, al acentuar tanto lo propio, lo diferente, corre peligro la unidad. La originalidad siempre ha sido algo sagrado en Schoenstatt. El lugar propio, la forma original de expresar lo propio. Cada uno tiene un Schoenstatt propio en su corazón. Cada uno podría hacer este mismo análisis sobre Schoenstatt y llegar a acentos muy diferentes. Lo original es de Dios y respetarlo una misión grande y sagrada. La paternidad y maternidad en Schoenstatt tratan de cuidar la originalidad de cada uno. El peligro es querer imponer una forma de ver las cosas, una manera única de vivir la alianza. El peligro es encorsetar, restringir, limitar. Hay frases que matan la vida y se alejan del ideal soñado por el P. Kentenich: «Esto no es Schoenstatt», «Esta forma de actuar y rezar no es schoenstattiana». Se corre el peligro de encorsetar la vida. El peligro de pensar que cada uno tiene la verdad en su totalidad, sin entender que todos construimos Schoenstatt. Aportamos nuestra originalidad, lo embellecemos siendo fieles a nosotros mismos. Pero no poseemos todo lo que es y puede llegar a ser Schoenstatt. Eso nos hace más humildes y más necesitados de complementación. Es por eso que la tentación que siempre existe es la de poner cauces al agua que brota de la fuente de vida. Por miedo al desborde, a que el agua se pierda, queremos ponerle límites, para proteger la ortodoxia, para garantizar el carisma. Por eso los estatutos, las normas y los esquemas, siendo también necesarios, corren el riesgo de encorsetar la vida y no respetar siempre la originalidad de cada uno. Además hay otro peligro, que se pierda la unidad al acentuar tanto la diversidad. La unidad es una parte esencial de nuestro carisma. Lo sabemos, allí donde reside nuestra fuerza está al mismo tiempo nuestra debilidad. Siempre es así en la vida. Allí donde tenemos una misión, construir una Iglesia unida, una familia, somos tentados y probados. María es siempre Reina de la unidad. Schoenstatt acentúa tanto la diferencia, lo original, lo propio, que corre el riesgo de obviar lo que nos une, lo que nos hace un solo cuerpo en Cristo, lo que nos asemeja. Somos hijos de una misma Madre, unidos a Ella en Alianza. Somos hijos de un mismo Padre fundador y repetimos en nuestro interior: «Cor unum in Patre», un solo corazón en el Padre. En él permanecemos unidos y él desde lo alto nos abre horizontes. Pero nuestro peligro es que dejemos de mirarnos con respeto y busquemos que se nos respete en nuestra originalidad. El peligro es rechazar lo que es diferente cuando lo vivimos como una amenaza. Separamos tratando de acentuar por encima de todo nuestra belleza y dejamos de ver la belleza de los demás. La pedagogía de la libertad es algo central en Schoenstatt. Por eso es tan importante ser libres en nuestra espiritualidad. Mucha gente acentúa que están en Schoenstatt porque aquí siempre se sintieron libres. Es verdad, pero eso no es exactamente libertad, sino respeto. En Schoenstatt no ponen plazos, no presionan para avanzar, no exigen si uno no quiere que le exijan, no llaman de forma obsesiva si faltas. A veces puede parecer falta de interés, pero no es eso. Simplemente María, como buena Madre, espera paciente, aguarda. No quiere todo de forma inmediata y de acuerdo a una forma determinada. Y nosotros somos hijos de María. El P. Kentenich siempre decía que quería remeros libres. Y nos invitaba a autoeducarnos a nosotros mismos. Queremos crecer, no porque nos lo imponen, sino porque nos lo pide el corazón. El Padre hablaba siempre del peligro de la masificación religiosa. El peligro de imitar las formas de los otros, de los que nos parecen más santos y hacer las cosas llevados por la masa, para no desentonar. No se trata de hacer las cosas por imitación sino por convicción. La libertad es sagrada. Pero la libertad auténtica, esa libertad que implica compromiso y responsabilidad. En Schoenstatt, cuando uno más avanza libremente, más se compromete. Libertad es compromiso. Y como las cumbres que anhelamos son tan altas, se despierta el deseo de dar más, siempre más. Se ensancha el alma, se agranda el corazón. Es verdad que algunos nos piden a los sacerdotes que les digamos qué tienen que hacer, qué camino tomar, qué decisión es la correcta. Ése no es el camino. En Schoenstatt cada uno va dando los pasos libremente, cuando ve que Dios le pide dar ciertos pasos. Profundiza y avanza cuando María se lo susurra en el corazón. Si no avanzamos, si no nos comprometemos más, igualmente somos libres para seguir caminando junto a aquellos que sí han avanzado. Eso es libertad. Eso es libre compromiso y no masificación.

El P. Kentenich supo educar siempre desde la libertad y para la libertad. Supo respetar los procesos y la originalidad de cada uno. Cuando llegó a Schoenstatt, y fue nombrado director espiritual de los jóvenes seminaristas, pudo ver sus heridas, sus limitaciones. Vio que eran parecidas a las que él

mismo había tenido. También se encontraría con otros jóvenes con historias diferentes. Intentaría enseñarles a mirar dentro de sí mismos, a ser ellos mismos y, desde allí, salir al encuentro de Cristo. Desde el propio corazón, tal y como cada uno es, y así buscar a Dios. No les impuso normas y moldes. Pero el ambiente no era fácil, porque la educación de la época era de moldes y normas. ¿Cómo hacer personal el camino? ¿Cómo ponerlos en manos de María para que Ella hiciese en cada uno lo que hizo con él? Ella podía sacar lo mejor de cada uno, lo más propio, su don personal. Usó la táctica de quererles, de ser cercano, de escucharles. El amor sana y saca lo mejor de cada uno, lo sabemos. Él, herido en el amor, se convirtió en sanador herido. Sanaba y, al mismo tiempo, se sanaba, sanaba su herida de amor. ¡Qué misterio! Fue de nuevo su mirada profunda la que logró ver una posibilidad detrás de algo malo objetivamente: la guerra. Él leyó en el alma de los chicos, su anhelo, sus miedos, sus limitaciones, el pánico a la soledad, su necesidad de desplegar alas, su anhelo profundo e inconcesable de ser santos. Él fue capaz de leer las almas. Tuvo la certeza de que en María se encontraba el camino que había que seguir. En su océano vio la respuesta: el amor de María nos saca de lo más hondo, nos levanta y nos hace creer. El Padre estaba atento a la vida y entendió lo incomprendible. Fue padre y profeta. El gran reto era ser santos y dar la vida en medio de una guerra. Es necesario atrevernos a salir de la mediocridad para poder avanzar. María, en un lugar minúsculo en Alemania, en una capillita abandonada, iba a cambiar su vida y nuestra propia vida. El Padre creyó que a partir de ese grupo pequeño de jóvenes podía cambiar la historia de la Iglesia en Alemania y más allá.

Schoenstatt nace de la vinculación a un lugar, a una capillita, y de la vinculación a un Padre, a un hombre enamorado de María. Tenía un fuego en el corazón porque lo que transmitía lo había vivido en él mismo primero, en la profundidad de su alma, en su intimidad con María. Él había experimentado la sed inmensa y el agua que le calmó, la carencia y el don, la herida y la cura, el anhelo y el regalo. Esa fue la clave. Y Dios le regaló, eso sí, en un momento, una mirada para ver su historia como historia sagrada y aceptarla con paz. Y esa misma historia que vivió él, es la historia de Schoenstatt. Es algo propio de nuestro carisma. Nos vinculamos a un lugar, a una tierra de María, a un Santuario, a una persona, a un hombre de Dios, a un profeta que veía el cielo en medio de la muerte. Y allí echamos raíces, nos arraigamos, hacemos de ese lugar, de ese corazón, un hogar que calma nuestra sed. Y es que los vínculos locales y humanos son esenciales para crecer. Los lugares nos ayudan a echar raíces, a hacer un hogar del lugar en el que estamos. Los vínculos humanos nos recuerdan lo esencial, que lo humano nos eleva hasta el cielo, nos abre las puertas del cielo, nos une a Dios. Dios usa los lazos humanos para atraernos hasta su corazón. Por eso nos atamos los unos a los otros como hermanos, como hijos, como padres, como madres. ¡Qué importante es el amor humano para crecer en el amor a Dios! ¡Qué importantes las causas segundas que nos conducen a la Causa primera! Así actúa Dios, a través de lo humano. Sin atarnos los unos en los otros es difícil subir más alto. Aunque la carne nos duela y el corazón acabe roto y herido, merece la pena, salva nuestra vida. El amor siempre duele. Un hijo de Schoenstatt es un apasionado, un enamorado de la vida, de lo humano, de lo cotidiano. No es un hombre de visiones extraordinarias, porque normalmente no las tenemos. Pero sí un hombre que ve lo extraordinario en lo rutinario, en lo cotidiano, en lo que no llama la atención. Sabe que su vida no es más heroica cuando hace cosas espectaculares, dignas de ser contadas. En el Santuario suceden milagros inapreciables, ocultos y sencillos. Es una santidad cotidiana, ordinaria, de andar por casa. Tal vez nuestros milagros son demasiado sencillos y ni siquiera logran hoy ayudar a canonizar al P. Kentenich. Pero lo cierto es que nada de lo humano le es indiferente a un hijo del Santuario. En él se unen las ideas y la vida, la fe y el amor. Todo está unido, porque María nos da ese equilibrio y esa unidad. Lo llamamos «ser orgánicos». No separamos nuestra vida de fe de nuestra familia, del trabajo, de la vida de ocio, de nuestros hobbies y alegrías. Dios está en todo y, si no está allí donde estamos, es que algo no funciona. El hijo del Santuario sabe ver a Dios en todo lo que le pasa, en todo lo que vive y tiene. A Dios le interesa toda nuestra vida, todo lo que hacemos y sufrimos. Nuestros éxitos y nuestras derrotas. Las virtudes por las que destacamos y también esos pecados que nos alejan de Él y de los hombres. Todo se lo ofrecemos como capital de gracias, como ofrenda diaria, porque nuestras vidas están entrelazadas. Todo el bien que hacemos es un bien para todos. Todo el mal que hacemos una ausencia de bien. Por eso se lo ofrecemos todo a María en el Santuario. Ella lo toma y derrama sus gracias sobre todos los que peregrinan a su casa cada día. El Padre Kentenich llegó a ser un maestro de los vínculos. Es éste sin duda el mayor milagro de María. Un hombre herido en los vínculos que se sanó por María. Ella llegó hasta las capas más hondas de su alma. No se quedó en la mente, en las ideas, en los deseos, sino que llegó hasta lo más profundo de su jardín interior, hasta el subconsciente. Para aquellos que vinieron detrás y conocieron al Padre, él fue el gran instrumento que usó María con ellos. Así ha seguido siendo a lo largo de la historia de Schoenstatt y lo seguirá siendo. Todos estamos aquí porque alguien, otro P. Kentenich, otro rostro humano apasionado por Dios y por María, nos habló de una pequeña capillita, de un lugar santo, mágico y nos invitó a ver, a mirar, a caminar. La necesidad de hogar, de raíces, de encontrar reposo

en lo que somos y tenemos, en lo que soñamos, es lo que nos hizo un día acercarnos, ponernos a tiro, comenzar un camino. El origen estuvo en los vínculos. Siempre nos servimos de rostros humanos que nos llevan a lo más alto. Para muchos, fue la paternidad del P. Kentenich el camino que Dios usó para salvarlos. Para cada uno ese rostro tiene un nombre, una historia personal. Es aquella persona que le despertó envidia, la envidia de querer vivir así, con alegría, con pasión, la propia vida. María usa instrumentos dóciles, instrumentos humanos, libres, auténticos, apasionados. A veces, es verdad, llega directamente, pero no es lo habitual. Con el P. Kentenich fue así. Quizás con alguna persona, o en algún momento de nuestra vida, es así. Pero lo más propio de Schoenstatt es que Ella nos usa como instrumentos si somos dóciles y nos dejamos hacer. Nos usa para ser padres y madres, hermanos y amigos. Para amar la vida del otro desde donde está. Servir al otro desde él, no desde mi idea o mi proyecto, no desde los propios deseos sino desde los suyos, desde lo que él espera. Ayudar al otro a ser quien Dios soñó que fuese. Sin encasillarlo, sin aprovecharnos de sus talentos para luego olvidarlo. El camino humano es el que nos lleva a lo profundo del corazón de Dios. El amor humano nos acerca el amor de Dios. Lo humano, el atarse a personas con las que caminamos, el dejarse tocar y tocar a otros, compartir la vida, los sueños, las heridas, es parte de nuestra originalidad. Son esos vínculos humanos los que aseguran el vínculo con Dios. Fundar Schoenstatt de nuevo es aprender a vincularnos con alegría y libertad. Consiste en no dejar lo humano buscando lo divino. Queremos atarnos y dejarnos la vida a jirones, por amor. Esos vínculos humanos son los peldaños que nos acercan a Dios. Nos necesitamos, no caminamos separados los unos de los otros, caminamos como familia hasta Dios.